EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MORENA
Y LA RUBIA,

COMEDIA

EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ÁLVAREZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	D.ª MARÍA ÁLVAREZ DE HERNANDO.
CLARA	D.ª EMILIA BALLESTEROS.
DON SABINO	D. RICARDO ZAMACOIS.
FRANCISCO DE LA JARA	D. EMILIO MARIO.
BERNARDINO VILLALOBOS Y CONSUEGRA	D. ELÍAS AGUIRRE.
GIL	D. JOSÉ MARÍA RUBIO.

ACTO ÚNICO.

Pequeño parque de una modesta casa de campo en las inmediaciones de Madrid. Verja de hierro en el fondo, sillas y velador de hierro. Profusion de plantas y flores.

ESCENA PRIMERA.

D. SABINO, GIL.

SABINO. (Llegando por la izquierda.)
Gil!... Muchacho!... Está desierta
la casa: Gil!...
GIL. (Llegando por la derecha.)
Voy!... Qué ocurre!
SABINO. Estás sordo?
GIL. No señor.
SABINO. Entónces, por qué no acudes
cuando te llamo?
GIL. Es que estaba
recogiendo las legumbres.
SABINO. Para eso está el hortelano.
GIL. Si está el pobre... Dios le ayude!...
Como su hijo Tomás
cayó soldado, y el lunes
se le llevan... pobre anciano...
le mata la pesadumbre...

y gime, y patea, y llora,
y pone el grito en las nubes.

SABINO. Bien, bien: y las señoritas?

GIL. Hace una hora las puse
el carruaje... están dando
el paseo de costumbre.
Mas la señorita Clara...
quién sus arrebatos sufre?
Como es tan resuelta, y luégo
con tantas voces me aturde...
se empeñó en guiar el birlocho...

SABINO. No te has opuesto?

GIL. No pude.

SABINO. Y si se estrella?

GIL. (Á media voz.) Por mí,
aunque se caiga de bruces.
Por la señorita Luisa
lo sentiría.

SABINO. Qué gruñes?

GIL. Es tan amable... tan buena...
y tiene un genio tan dulce...

SABINO. Quién?

GIL. La sobrina de usted.

SABINO. Elógiala cuanto gustes;
pero la otra es hija mia,
y no aguanto que murmures...

LUISA. (Dentro.) Basta, por Dios!

CLARA. (Dentro.) Eh! Miedosa!

GIL. Ellas son.

LUISA. (Dando un grito.) Ay!

CLARA. No te asustes!

ESCENA II.

CLARA, LUISA, D. SABINO y GIL.

CLARA. (Saliendo.) Desengancha el potro, Gil.

LUISA. (Id.) Tio del alma!

SABINO. Qué ocurre?

GIL. (Mirando por la derecha.)
Si viene sudando á chorros!

CLARA. Anda, déjale que sude.

(Gil se va por la derecha.)

SABINO. (Alentando á Luisa, que busca apoyo en D. Sabino.)
Qué es esto?

LUISA. (Dejándose caer en una silla.)
No es nada... el susto...

SABINO. Pero qué ha sido en resúmen?

CLARA. Mire usted, doña melindres,
la niña de ojos azules,
la dama de media almendra,
por qué poquito se aturde.

SABINO. Si está yerta.

CLARA. Calle usted;
si eso es de lo más inútil...

SABINO. Pero qué ha pasado?

LUISA. Ay, tio;
hielo por mis venas cunde.

CLARA. No es el caso para menos;
que esta mañana dispuse
guiar el potro yo misma:
sin saber nada, esta sube
conmigo al birlocho; cojo
las riendas, la fusta cruje,
y sale el potro escapado
salvando llanos y cumbres:
qué carrera! Parecía
que escalábamos las nubes.
Para espantar á los pájaros
llevé una pistola... apunten!...
¡fuego! Esta lanza un grito,
el potro se espanta y huye;
la mano intentó ganarme
pero por fin le contuve.
En blanca espuma bañado
iba el animal; me acude
la idea de darle agua
y en ejecucion la puse:
en los vecinos tejares
un estanque se descubre;
dirijo á él el potro...

LUISA. Ay, tio,
por poco en él nos zambulle.

SABINO. Pero el potro bebió agua?

CLARA. Poca: tres ó cuatro azumbres.
SABINO. Revienta del torozon:
pobre animal!
CLARA. Que le curen.
SABINO. Pero hija mia, que siempre
con el enemigo estudies!
Mejor marimacho!...
CLARA. ¡Bah!
Quiere usted que me sepulte
siempre entre cuatro paredes?
Aqui el tédio me consume.
Pues qué, el ánimo esforzado,
el valor que el riesgo infunde
sólo ha de estar vinculado
en el hombre?
LUISA. Siempre arguyes
de igual manera; ya sé
que de perfecta presumes.
Tú eres lista, yo soy torpe;
yo soy fea, tú un querube:
son fria nieve mis ojos,
los tuyos despiden lumbre:
soy cobarde, tu alentada,
y en fin, en tí se reunen
la fuerza, el valor y el brío
que tanto en el hombre lucen,
y en mí todas las flaquezas
á nuestro sexo comunes;
no es esto? Pues sabe, en fin,
para que de opinion mudes,
que yo entónces soy más fuerte
cuando más débil me juzguen
CLARA. Te mata la envidia.
LUISA. Á mí?
CLARA. Por más que lo disimules...
LUISA. Canta aun más tus perfecciones.
CLARA. Celebra más tus virtudes.
SABINO. ¡Basta!
LUISA. Es ella.
CLARA. Es ella.
SABINO. Chito!
No!... Pues como yo me atufe!...

Á tan odiosa pelea
dad por un instante punto,
y acudamos ahora á asunto
que de más provecho sea.
(Á Clara.) Cuando tu madre murió,
(Á Luisa.) y amparo encontraste en mí,
hija y sobrina fundí
en igual cariño yo,
Pero si un dia cercano,
porque ya estoy viejo y flojo,
caigo enfermo, y cierro el ojo
como tu madre y mi hermano,
qué va á suceder aquí?
¡Cristo me ampare!... La mar!
Pero yo os he de casar
con el plan que concebí.
Como á mas esparcimiento
no alcanza mi cesantía,
y vivís dia tras dia
en perdurable aislamiento,
para atraer concurrencia
de galanes, puse aquel
(Señalando el papel puesto en la verja.)
anuncio: ese papel
va á ser nuestra providencia.

CLARA. Pero papá...
LUISA. Pero tio...
SABINO. ¡Nadie me arguya!
CLARA. Esa idea...
SABINO. Dame tu otra que sea
mejor al intento mio.
Donde cualquiera leería
allí.—«Se vende esta casa.»—
Leo yo:—«Por aquí se pasa
para ir á la Vicaría.»
CLARA. Si creerá usted que está una
tan falta de pretendiente...
SABINO. ¿Dónde está? Que se presente.
CLARA. No corre prisa ninguna.
Y, en fin, mi altivez no pasa
por tan ridículo exámen,
ni quiero yo que me amen

por el cebo de la casa.
No es tanta mi desventura
pues aún nos queda esta hacienda,
y véndase ó no se venda
nuestra existencia asegura.

SABINO. Venderla...

CLARA. Es loca manía;
mas yo á mi cargo lo tomo
y usted no la vende.

SABINO. (Cómo
la he de vender si no es mia!)
Mas si pobre situacion
te reserva el porvenir...

CLARA. Nada hay que logre abatir
mi animoso corazon.
Yo rendirme? No en mis dias.
Yo sé luchar y vencer:
no trate usted de torcer
las inclinaciones mias.
En mi vida alegre, inquieta,
como en mi centro me hallo;
yo sé domar un caballo,
disparar una escopeta:
y á propósito, en el coche
la pistola me dejé.
¡Gil! ¡Gil! Á buscarla iré,
no haga el diablo algun desmoche.

ESCENA III.

D. SABINO, LUISA.

SABINO. No hay quien su genio contenga;
es varonil, ¡voto á tal!
Pero, en fin, si ese es un mal,
no hay mal que por bien no venga.
Si vuelve mi primo... ¡Cristo!
si á reclamar álguien viene
la casa... y eso es de ene,
como si lo hubiera visto.
Y yo sé que me atortolo
en cuanto llegue el apuro,

que llegará... de seguro.

LUISA. (Acercándose poco á poco á D. Sabino.)
Tio, está usté hablando solo?

SABINO. Cierta idea me desvela...
no es por tí, sobrina mia;
tú posees todavía
quinientos duros... tu hijuela.

LUISA. Le hace á usted falta?

SABINO. Ninguna;
qué disparate!

LUISA. Es verdad;
vaya una gran cantidad!

SABINO. Pues es toda tu fortuna.

ESCENA IV.

D. SABINO, LUISA, CLARA, despues GIL.

CLARA. (Apareciendo de pronto por la derecha y apuntando al papel puesto en la verja con la pistola.)
Á ver si doy en el blanco. (Dispara.)

LUISA. ¡Jesús!
(Cayendo medio desvanecida sobre una silla.)

SABINO. Qué es esto!

CLARA. Buen tino!

FRANC. (Dentro.) Qué espantosa salvajada!

SABINO. (Acudiendo en socorro de Luisa.)
Se ha puesto mala!

CLARA. (Mirando por la verja.) Dios mio!
Ay, papá, que he herido á un hombre.

SABINO. Muchacha, estás en tu juicio!

GIL. (Llegando precipitadamente por la derecha dando gritos.)
Señor!

SABINO. Qué sucede?

GIL. Quién
ha disparado ese tiro?
Ha herido á un jóven.

SABINO. En dónde?

GIL. En la cabeza.

SABINO. (Dando un salto.) Qué!

GIL. Digo,

en el sombrero.

SABINO. (Dirigiéndole un puntapié.) Animal!
Quién es?

GIL. Es un señorito
muy guapo, muy elegante...
tiene trazas de ser rico.

SABINO. Hacedle entrar al momento:
(Gil sale corriendo,)
vamos todos en su auxilio.
(Á Clara.) Acude á tu prima: yo
voy á traer al herido.
(Se va precipitadamente por la derecha.)

ESCENA V.

CLARA, LUISA, D. SABINO, FRANCISCO, GIL.

Francisco viste traje de mañana y lleva en la mano un rico solitario, un arete en una oreja, dos botones de brillantes en la pechera de la camisa, pasadores iguales en los puños y un magnífico cronómetro guarnecido de diamantes y la corbata suelta y limpiando y alisando el sombrero.

CLARA. Luisa! Qué es esto?... Miedosa!

LUISA. No sé... me he sobrecogido...

CLARA. Recóbrate... viene gente.

LUISA. Quién?

CLARA. Mira.
(Designando á Francisco, á quien acompañan y cuidan D. Sabino y Gil.)

LUISA. (Ah! Es él... el mismo.)

CLARA. (Á Luisa.) (Si es uno de nuestros dos
galanes.)

SABINO. (Á Francisco.) Pero qué ha sido?

FRANC. (Con marcado acento americano.)
Una avería... un estrago...
un funesto desavío.
El plomo no ma tocao
ar cútis. (Registrándose y palpándose el cuerpo.)

SABINO. (Conteniendo á Clara.) Niña!...

CLARA. (Sin poder reprimir la risa.) Qué tipo!

FRANC. (Á Clara.) Ha sío usté la que dió
gusto ar deo?

SABINO. Fué un descuido...

FRANC. Ria su mersé la grasia,
niña... (Yo estoy en ridículo.
Y la otra no me mira;
ni tan siquiera ma visto.
En cuantito me reponga...)
(Continúa arreglándose el traje.)

SABINO. (Despidiendo bruscamente y á media voz á Clara y á Luisa.)
(Idos adentro ahora mismo:
(Á Clara.) ponte al piano, (Á Luisa.) y tú cante
algo que sea bonito.
No me repliqueis; adentro.) (Empujándolas.)

LUISA. No te rías. (Á Clara al entrar.)

CLARA. (Sin dejar de mirar á Francisco y riendo.)
No me rio.

ESCENA VI.

D. SABINO, FRANCISCO, GIL.

FRANC. (Y se van... es un desaire...
¿pero cómo?... superfino.)

GIL. (Á D. Sabino con malicia.)
Yo he visto á este caballero
ántes de ahora.

FRANC. En qué sitio?

GIL. Vaya! Todas las mañanas
ronda esta casa.

FRANC. (Man visto.)

SABINO. (Gozoso.) (Hola!)—Tome usted asiento.—
Anda, trae bizcochos, vino.

FRANC. Qué va á hacer, señor?

SABINO. (Empujando á Gil.) No vas?

GIL. Voy. (Se va por la izquierda.)

FRANC. No se incomode, niño.

ESCENA VII.

FRANCISCO, D. SABINO.

AB INO. (Ya le he tendido el anzuelo;
si pica, qué gran partido!)
Conque, en fin, salió usté ileso...

FRANC. Sí, pero fué un lance crítico.
El arma estaba cargada
hasta la boca: Dios quiso
que el volúmen de los plomos
fueran del grado más ínfimo.
Una posta me dió aquí, (Presentando la mano.
mas se embazó en el anillo.
(Señalándole con el dedo.)

SABINO. (Qué solitario!)

FRANC. (Con la accion precisa.) Otra fué
rozándome en er carriyo
á estrellarse en este arete.
(Señalando la oreja izquierda.)

SABINO. Un pendiente!

FRANC. Es un zafiro.
Otra me dió aquí, otra aquí,
(Señalando con el dedo y uno tras otro los botones de la pechera de la camisa.)
otra aquí, otra aquí...
(Presentando de igual modo los pasadores de brillantes de los puños de la camisa.)
el peligro
mayor le corrí en la úrtima
que á darme de yeno vino,
(Llevándose la mano al costado izquierdo.)
y si no es por el reló,
(Presentando un magnífico cronómetro guarnecido de diamantes.)
se me cuela hasta los hígados.

SABINO. (Pues no está el escaparate
de Ansorena más surtido.)
Es usted americano?

FRANC. No es cosa!... de Sancti-Spíritus.

SABINO. (Ay! el Espíritu Santo
esta vez venga contigo.)
Yo celebro esta ocasion,
mi señor don... don...

FRANC. Francisco.

SABINO. Pues don Francisco, usted me honra
de un modo...

FRANC. Qué dice?

SABINO. (Con maliciosa expresion.) Digo
que usted nos hace el honor
de rondar por estos sitios.

FRANC. (Canela! Estoy en berlina.)

SABINO. (Como ántes.) Y quién es el bello hechizo?...

FRANC. Cáyese.

SABINO. La dama incógnita
que le desvela.

FRANC. (Ay, qué niño!)
No le he dicho ya que yo
no me meto en esos líos?
Me trae diferente asunto.

SABINO. Pues entónces... Ya concibo;
habrá usté visto el papel.
Aquel anuncio...

FRANC. (Inspirado de la idea.) (¡Magnífico!)
Pues ese es todo el intríngulis;
vende la casa?

SABINO. La alquilo.

FRANC. Trataremos.

SABINO. (Por tratar...)
Bueno. (En tratar no hay peligro.
Pero tome usté un bizcocho
(Sirve vino en la copa.)
y una copita, Francisco.
(Ya le quité el don.)

FRANC. La casa
es de mi flor.

SABINO. Y está á un tiro
de fusil de Recoletos.

FRANC. Lindo parque. (Examinándole.)

SABINO. Muy bonito.
(Con marcada expresion.)
Tales manos cuidan de él,

las de mi hija; ya usté ha visto...

FRANC. Ya! (Contemplando la escena.)

SABINO. Vió usted qué lozanía,
qué frescura, qué atractivos!

FRANC. (De igual modo.)
Me gusta.

SABINO. (Prendió en la red.)
Conque... ya está usted buen pícaro!
Le gusta á usted?

FRANC. (Mirando á la izquierda donde está la casa.)
Buena planta.

SABINO. No la falta un requisito

FRANC. Esbelta...

SABINO. Como una palma.

FRANC. Y limpia...

SABINO. Como el armiño.

FRANC. La cosa está en buen terreno,
y en no siendo estéril...

SABINO. Hijo,
lo que es eso aún no se sabe.

FRANC. No importa, con mi cultivo
producirá.

SABINO. Ya lo creo.
Pero beba usté un traguito,
(Igual juego que ántes sin darle la copa.)
Pancho, (ya le llamo Pancho).

FRANC. (Es muy amable.)

SABINO. (Es muy fino.)

FRANC. Y usté es padre de familia?

SABINO. Sí señor, soy padre y tio,
lo cual es caro en extremo
en el tiempo en que vivimos.
Pero usted qué entiende de eso?
Usted, un hombre tan rico!

FRANC. Ay señor, no me lo diga,
que en pensarlo me derrito.
Cojo tabaco en la Habana
y aguardiente en Puerto-Rico;
sabe cómo? de primera,
de extra-mejor y extra-fino:
quinientos negros ocupo
en mis ingenios vastísimos,

y tengo un milion de pesos,
que no es un grano de trigo.

SABINO. (Atiza!) Pero y la copa?
(El mismo juego anterior.)
Anda con ella, Currillo.
(Ya le apeé el tratamiento.)

FRANC. Conque... fijemos el tipo.

SABINO. Creo que haremos negocio.

FRANC. Por mí nada determino;
depondo de otra persona.

SABINO. Qué persona?

FRANC. (Qué le digo?)

SABINO. ¿No es usted libre, soltero...

FRANC. Yo? (Salvemos el ridículo;
la niña de mí se rie.)
Soy casado.

SABINO. ¿Qué?

FRANC. Y con hijos.

LUISA. (Entre oculta en segundo término de la izquierda.)
Ah! (Desaparece.)

SABINO. Qué escándalo!

FRANC. (Recorriendo la escena.) Qué es eso?
Quién ha gritado?

SABINO. Yo grito,
y qué? Estoy en mi casa:
salga usté de ella ahora mismo.

FRANC. Ave María!... Señor!...

SABINO. Gil, llévate ya ese vino.
(Gil llega por la derecha.)
Estoy á la órden de usted:
(Indicándola la puerta de salida.)
tiene usté el paso expedito.

ESCENA VIII.

FRANCISCO, GIL.

FRANC. Quién es esta cucaracha?

GIL. Qué dice usted?

FRANC. Este tipo
caricaturesco.

GIL. Este

es mi amo don Sabino
de Fonseca y Carvajal.

FRANC. Carvajal... Fonseca... él mismo;
las señas... la casa... voy
por los papeles precisos.
Me arroja á la calle, yo
le diré cuántas son cinco. (Se va corriendo.)

ESCENA IX.

GIL, LUISA.

LUISA. Casado! (Apareciendo por la izquierda.)

GIL. (Indicando la salida á Francisco.)
Todo derecho.

LUISA. (Bajando al proscenio.)
Está casado!

GIL. Á la izquierda.

LUISA. Y yo que me figuré...
Dios mio! Siento una pena...

GIL. Y yo tambien.

LUISA. Tú?

GIL. No es
para ménos la ocurrencia.
Pobre jóven!

LUISA. De quién hablas?

GIL. De Tomás.

LUISA. Ah!

GIL. Se le llevan,
no hay remedio, ya es soldado,
mañana se hace la entrega.
Su padre le abraza y llora...
mísero anciano! le cuesta
la vida.

LUISA. (Mudando de tono y con misteriosa expresion.)
Vino aquel hombre?

GIL. No.

LUISA. Llámame en cuanto venga.

GIL. No tardará, es hombre exacto,
y corre... vaya unas piernas!
Yo creo que llegan ántes
que él, cuando á casa llega.

LUISA. No digas á nadie...
GIL. Á nadie.
LUISA. Que ninguno en casa entienda
á qué viene.
GIL. Por supuesto.
(Miren la mosquita muerta!
Qué belen traerá?)
(Se va por la derecha.)

ESCENA X.

LUISA, D. SABINO.

SABINO. (Llegando por la izquierda.) Casado!
LUISA. Mi tio!
SABINO. Qué desvergüenza!
Casado! (Cruzando la escena.)
LUISA. (Siguiéndole.) Casado, tio!
SABINO. Y con hijos por contera;
un muñeco que tendrá
veinticinco años apenas.
LUISA. Fíese usted de los hombres!
Y me persigue y me acecha...
SABINO. Cómo es eso?
LUISA. Y me dirige
unas miradas tan tiernas...
SABINO. Conque le conoces?
LUISA. Toma!
como nos sigue de cerca
todas las mañanas...
SABINO. Conque
había ya inteligencia?
Qué lástima! Malograrse
una proporcion tan buena!
Tu pobre prima no pudo
hacer más... qué sabía ella?
si hubiera estado soltero...
la puntería fué buena.
LUISA. Tio!
SABINO. Lo dicho, que no
se nos escape la pieza.
LUISA. Por Dios! Se caza ya á un hombre

como si fuera una fiera?
(Óyese un disparo de escopeta algo lejos.)

LUISA. ¡Ay!

SABINO. Otra te pego! Clara!
(Llamando por la izquierda.)
Dios nos la depare buena!
Á que ha hecho otra de las suyas?

ESCENA XI.

LUISA, CLARA, D. SABINO; luégo GIL, luégo BERNARDINO.

Qué hay de nuevo?
(Saliendo sobresaltado al encuentro de Clara.)

CLARA. Que yo sepa...

SABINO. No has disparado?...

CLARA. Yo, no;
si el tiro ha sonado fuera.

GIL. Señor.

SABINO. Qué hay?

GIL. Un caballero...

SABINO. No recibo á nadie.

BERN. (Apareciendo en el fondo al otro lado de la verja. Viste un elegante traje de caza, y lleva escopeta. Fijándose en Clara.)
(Es ella!)

GIL. Es que...

SABINO. Á nadie recibo.

GIL. Que quiere entrar á la fuerza.

SABINO. Ya he dicho...

BERN. (Desde la verja á D. Sabino.) Perdone usted.

GIL. Mírele usted en la verja.

CLARA. (Calla!) (Viendo á Bernardino.)

LUISA. (Lo mismo.) (El otro!)

BERN. Usted perdone:
el tiempo corre que vuela,
y me urge recobrar
la pieza.

SABINO. Cómo la pieza?

BERN. Sí... la... Si usted me permite
entrar...

SABINO. (Bonita presencia!

y á juzgar por el aspecto,
debe ser...—Abre la puerta. (Gil se va.)
Adentro vosotras.

LUISA y CLARA. Pero...

SABINO. ¡Adentro! No admito réplicas.
(Las obliga á entrar.)
De fijo estará casado:
apostaría una oreja.

ESCENA XII.

D. SABINO, BERNARDINO.

BERN. (Con reló en mano.)
Perdone usted, pero ya
son más de las ocho y media,
y soy hombre activo, y tengo
que dar á Madrid la vuelta.
La codorniz iba herida,
y herida en la pata izquierda,
y en la parte superior
del muslo, sin que le quepa
á usted duda alguna, ni
hacerme objecion pretenda
sobre el caso, porque yo
soy muy ducho en la materia,
y no hay quien me enseñe á mí
á levantar una pieza,
ni á perseguirla á distancia,
ni á tener una escopeta,
ni á dar direccion al plomo,
ni á saber en dónde entra;
conque así, ménos palabras
insustanciales y necias,
y busquemos sin descanso,
que al cabo quien busca encuentra.
(Recorre la escena buscando y registrando por todas partes.)

SABINO. Pero usted, qué busca?

BERN. Busco
mi codorniz viva ó muerta.

SABINO. Ah!... Ya: disparó usté el tiro...
BERN. Pues! cuando iba á flor de tierra;
sintióse herida, alzó el vuelo,
y cayó tras de esa verja.
SABINO. Pues busquemos.
BERN. Sí, busquemos.
(Siguiendo todos los movimientos de Bernardino.)
SABINO. Pues no da usted pocas vueltas!
Tanto estima usté ese pájaro?
BERN. (Sin cesar de buscar por todos los rincones.)
Por mil onzas no le diera.
SABINO. Hombre, ese es mucho dinero.
BERN. Para mí una bagatela.
SABINO. (Es rico; y parece honrado.)
BERN. Pues ella está aquí.
SABINO. Por fuerza.
Ya parecerá: entre tanto...
hágame usted la fineza...
(Ofreciéndole asiento cerca del velador.)
BERN. Gracias: bien lo necesito,
que fué larga la carrera:
y no es porque yo me rinda...
yo tengo muy buenas piernas...
y me pongo yo á correr
con usted, y con cualquiera.
Soy corredor de comercio,
y tengo gran clientela.
SABINO. Gil.—Va usted á tomar una
copita de Cariñena.
Verá usté un vino!...
(Á Gil que llega por la derecha.)
Trae los
bizcochos y la botella.—
Conque salió usté á cazar?...
BERN. Es mi aficion predilecta.
Y á usted le gusta la caza?
SABINO. No señor; á mí la pesca. (Acercando la silla.)
BERN. Con caña ó con red?
SABINO. Segun:
me gustan ambos sistemas.
BERN. Y pican?
SABINO. Qué han de picar!

Ni un renacuajo siquiera.

BERN. En mi pueblo hay cada trucha...

SABINO. Aquí las hay de dos piernas.

BERN. Soy de tierra de Segovia:
calcule usted...

SABINO. Buena tierra!
Y para limpiar velones...—
un bizcocho de canela.
(Ofreciéndole uno de la bandeja.)

BERN. Pues como decía, tengo
en Madrid mi residencia,
y establecido en Madrid
me hallo desde mi más tierna
edad, como que en él tengo
casa, familia y hacienda,
y me llamo Bernardino
Villalobos y Consuegra.

SABINO. (Levantándose con ímpetu y tirando la silla.)
Y con suegra!... ya decia
yo... y tiene usted la insolencia
de penetrar en mi casa
con tan vil estratagema!...

BERN. Pero caballero...

SABINO. Gil!
Llévate ya esa bandeja.

BERN. Pero yo...

SABINO. Un hombre casado!...

BERN. Casado?

SABINO. Qué desvergüenza!
Y con suegra!

BERN. Quién ha dicho...

SABINO. Usted con todas sus letras.

BERN. Si es mi apellido materno.

SABINO. Ah! Conque es... conque era...
Conque su madre de usted...
Oh! Qué señora tan buena!
Pon aquí eso.
(Gil vuelve á dejar la bandeja en el velador.)

BERN. (Este hombre tiene
trastornada la cabeza.)

SABINO. Voy á recorrer el parque.
(Á GIL.) (Dí á mi hija Clara que venga.)

(Gil entra en la casa.)
Moje usted un bizcochito
con todo descanso, miéntras
yo registraré la casa.

BERN. Pero yo...

SABINO. Usted no se mueva.
(Presentándole á Clara, que llega ahora por la izquierda.)
Presento á usted á mi hija.
Nada: usted no se molesta;
yo le buscaré á usté el pájaro.
Quieto: pronto doy la vuelta.
(Se va por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CLARA, BERNARDINO.

BERN. (De reojo me examina.)

CLARA. (Me examina de reojo.)

BERN. (Esta mujer me fascina.)

CLARA. (Este hombre tiene un arrojo!...)

BERN. (Ea! Sea lo que fuere,
adelante con la empresa.)

CLARA. (Ya que mi padre lo quiere
veamos qué tal se expresa.)

BERN. Señora, yo...

CLARA. Señorita...

BERN. Inútil observacion.

CLARA. Pues usted la necesita.

BERN. Sospeché... y en conclusion
fué natural mi sospecha;
pues cuádrele ó no le cuadre
sobre ser ya mujer hecha
tiene usted facha de madre.

CLARA. Caballero!

BERN. Y qué tendría
eso de particular?
Ya lo será usted algun dia... (Acercándose.)
que no tardará en llegar.

CLARA. Señor mio...

BERN. Y eso, qué?

La ley natural impera.
Su madre de usted lo fué;
la mia... y la de cualquiera.

CLARA. Ruego á usted que demos punto.
(qué hombre tan extravagante!)

BERN. Pues quédese aquí el asunto
y pasemos adelante.

CLARA. Mejor fuera no pasar;
pues segun se deja ver,
de nada hemos de tratar
que á mí me importe saber.

BERN. Es decir...

CLARA. Que desde ahora
la puerta tiene expedita.

BERN. Es imposible, señora;
quiero decir, señorita.
Ni se me despide á mí
con tono tan desabrido,
ni yo me marcho de aquí
sin rocobrar lo perdido.

CLARA. Qué ha perdido usté?

BERN. Una prenda
de inestimable valor;
y para que usted lo entienda
voy á explicarlo mejor.
Anhelando entre hondas penas
la blanca luz de la aurora,
llego á estos sitios, apenas
el sol esos campos dora.

CLARA. Permita usted que le ataje:
usté es poeta?

BERN. (Ponderando.) Victor Hugo!
Por eso uso este lenguaje
para decir que madrugo.
Con ansiedad que podría
ablandar las peñas duras,
cruzo un dia y otro dia
esas áridas llanuras:
y ningun temor me dan
la fatiga y el calor;
ando como un azacan,
sudo como un cavador.

Y para que de una vez
vea usted si soy feliz,
tiene ya un color mi tez
de extrato de regaliz.
De ejercicio tan constante
me veo recompensado
cuando descubro delante
el objeto codiciado.
Enamorada avecilla
mecida en nido de flores,
como mi aficion, sencilla,
pura como mis amores.
Á ponerme de ella á tiro
llévame mi aficion loca,
y cuando más huir la miro,
más mi deseo provoca:
pero en alas de mi fé
tanto y tan bien la seguí,
que al fin á tiro la hallé
y grávemente la herí.

CLARA. Esa es mucha presuncion:
conque fué herida mortal?

BERN. En mitad del corazon;
ya no tiene cura el mal.

CLARA. Está usted seguro?

BERN. ¡Vaya!
Doy yo, en buena puntería,
á cualquiera quince y raya,
y le gano todavía.

CLARA. Pero usted qué busca aqui?

BERN. He de explicarlo mejor?
Una prenda para mí
de inestimable valor.
Sin ella no he de volver,
que muriera de pesar;
aquí la vine á perder,
y aquí la he de recobrar.

CLARA. Es decir, en conclusion,
que usted recobrarla espera?
Tan estremado teson
mejor muerte mereciera:
pero créame usté á mi,

que nada intento en su daño;
no la busque usted aquí...
no aventure un desengaño.
Incansable cazador
que entre fieras amarguras
cruza con frio y calor
esas áridas llanuras;
yo celebro su destreza
y su bravo arrojo admiro,
mas le digo con franqueza,
que esta vez ha errado el tiro:
y ya que usté así lo quiere,
vóime, pues probarle anhelo
que las aves que usted hiere
tienden tranquilas su vuelo.
Hágame usted la merced,
porque esperándome están.

BERN. Mas...

CLARA. Servidora de usted.
(¡Qué discreto y qué galan!)

ESCENA XIV.

BERNARDINO, FRANCISCO.

BERN. Inmóvil, helado, mudo
me ha dejado á lo mejor:
pues señor, ya no lo dudo;
yo tengo un competidor.

FRANC. (Apareciendo en la izquierda con Gil.)
Dije que no admito réplica.

GIL. Pero...

FRANC. No pregunte más,
y tenga conmigo el fámulo
ménos familiaridad. (Gil desaparece.)
Esta canalla doméstica
es peor que Barrabás;
si no es á fuerza de látigo
no se la puede domar.

BERN. (Reparando ahora en Francisco.)
(Tambien entra aquí este prójimo?
No hay duda; este es mi rival.)

FRANC. (Aguanta! Este es el gaznápiro
que me sigue sin cesar.)
BERN. Tengo un placer...
FRANC. Y yo un júbilo...
BERN. Beso á usted...
FRANC. Beso á usted la...
BERN. Vamos, sin frases inútiles,
al asunto principal.
Quién le dió á usted beneplácito
para introducirse audaz...
FRANC. Hombre, con pregunta idéntica
íbale yo á interrogar.
BERN. Yo vengo aquí por mi omnímoda
y absoluta voluntad.
FRANC. Yo me encuentro en caso análogo,
y entro con razon igual.
BERN. Mas yo que he de ser el único
que ejerza aquí autoridad,
y he resuelto poner término
á este asedio pertinaz,
suplico á usted que sin pérdida
de tiempo se vuelva atrás,
y si no cede á la súplica,
al mandato cederá.
No se hizo la miel por último...
ya conoce usté el refran;
ni aquí ha de zumbar más zángano
que el que guarda el colmenar.
FRANC. Ese lenguaje simbólico
tiene muchísima sal:
pero el plan es problemático;
medítese ántes el plan.
Pretender hacerme víctima,
es pretension incapaz
y estrambótica, hasta el último
grado infinitesimal.
Soy en extremo pacífico;
mi idiosincracia es glacial,
y nunca peleo, ávido
de salir á pelear:
mas aunque guardo el decálogo
con toda puntualidad,

y no quiero para el prójimo
lo que á mí me hiciere mal;
como el hombre más flemático
cede á la fatalidad...
por eso; por una insípida
contingencia nada más,
á un *quidam* en Puerto-Príncipe
la corté la yugular,
y á un condiscípulo en Méjico
le hundí la espina dorsal:
y como al verle impertérrito
retarme á pelea audaz,
tengo la conviccion íntima
de que le he de lastimar;
desde aquí *per omnia sécula*
declaro que yo jamás
acepto de la catástrofe
la responsabilidad.

BERN. (Se achica.) Ménos diálogo,
y hagamos punto final:
ó deja el campo sin réplica,
ó yo se le haré dejar.—
Voy... el tiempo vuela rápido;
tengamos la fiesta en paz!
Voy por armas. (Ya está lívido.)
Volveré. (Temblando está.)
(Se va por la izquierda.)

ESCENA XV.

FRANCISCO, D. SABINO.

FRANC. Este hombre es un ente díscolo,
agresivo y montaraz.

SABINO. (Con una codorniz muerta en la mano.)
Aquí tiene usted el pájaro;
la herida ha sido mortal.

FRANC. Qué me dice?

SABINO. (Tirando la codorniz.) Mas qué veo!
Usté en mi casa otra vez?

FRANC. En su casa? Si esta no
es su casa; si esa es

una hipótesis quimérica,
un sueño, una insensatez.
Sin entrar en posesion
ocupóla; pero fué
como usufructo indirecto
y particular merced
de mi padre.

SABINO. De mi primo?
Conque eres tú... usted es?...

FRANC. Yo soy el único dueño,
y de ello puedo dar fé
con la documentacion
precisa...
(Sacando varios pliegos y una carta entre ellos.)

SABINO. (Tomándolos y examinándolos.) No es menester.
Una carta.

FRANC. De mi padre,
dirigida á su merced.
La escribió ántes de morir.

SABINO. *Requiescant in pace amen!*
(D. Sabino recorre la carta mientras Francisco dice los siguientes versos.)

FRANC. Á los dos años y pico
para Europa me embarqué;
pasé un dia en Cádiz, y aquí
llegué hace unos diez y seis.
Ya le busqué ántes de ahora;
mas lanzado en el belen
de otros asuntos, no pude
tener ántes el placer...

SABINO. (Volviendo á Francisco todos los papeles.)
Y por qué te has molestado?...
Te tuteo.

FRANC. Hace muy bien.

SABINO. Tu padre era primo mio.

FRANC. En segundo ó en tercer
grado, y somos parientes;
aunque bien mirado es
tan lejano parentesco
que no le alcanza un lebrel.

SABINO. Gracias; qué expansivo eres!
(No hay esperanza, troné.)

Conque tu bendito padre...
de qué murió?

FRANC. De vejez.

SABINO. Ley natural.

(Aquí óyese tocar al piano un aire americano, cuyo compás empieza á marcar Francisco poco á poco con nerviosas contorsiones.)

FRANC. Pues por eso,
si no, quién le mata á él?
Y aun era su actividad
mayor que su robustez:
de las veinticuatro horas
trabajaba veintitres.
Con chaquetilla de hilo
y zapatos de rusell,
por la mañana en el muelle
iba de uno á otro bajel;
al mediodia á la caja,
por la tarde al almacen,
por la noche á la manigua,
á caza al amanecer,
y dormía con un ojo,
y hasta comía de pie.—
Válgame el apostolado,
qué bien canta esa mujer!

SABINO. Es mi sobrina.

FRANC. Pues tiene
muy buen estilo .. y muy buen...
(Óyese la copla cantada por Luisa á toda voz,)
(Copla.) «De Cádiz para la Habana
ví salir una veguera,
más bella que una tranquila
mañana de primavera.»
(Siguiendo insensiblemente la melodía, y terminando por ejecutar el baile con modales característicos.)
Su genio calculador,
su instinto de mercader,
me dejan un capital
que yo me administraré.
Nació para trabajar,
vivió para enriquecer,

y yo para consumir,
y yo para hartarme bien.

SABINO. (Bailando con él.)
Pues no es poco bailarin!
y qué extravagante es!—
(Deja de oirse el piano.)
Veo que estás alegrillo.

FRANC. No me lo diga: esta fué
una expansion emitida
con la mayor sencillez.
Cuando escucho ese melódico
acompasado vaiven,
me hormiguea todo el cuerpo,
y se me escurren los piés.—
Conque, yo vengo á últimar
el asunto de una vez;
me deja la casa libre
en lo que resta de mes.
Tiene seis dias de plazo.

SABINO. Hombre...

FRANC. Nada más que seis.
Quiero yo habitarla, y tengo
muchas mejoras que hacer.
Corro á zanjar un asunto
que hace un instante dejé
pendiente con cierto amigo,
mas no tardaré en volver.
(Cantando y bailando al salir.)
«De Cádiz para la Habana
ví salir...»—Qué estupidez!
(Tropezando con Gil, que llega corriendo.)

GIL. Perdone usted...

ESCENA XVI.

D. SABINO, GIL, LUISA.

D. Sabino se deja caer con abandono en una silla cerca del proscenio.

GIL. Señorita!
(Llamando misteriosamente por la derecha.)

Ya espera el sujeto aquel.

LUISA. (*Llegando ahora.*)
En dónde está? (*Á media voz.*)

GIL. (*En el fondo con Luisa.*)
En la caseta
del guarda, segun usted
me encargó; le digo que entre?

LUISA. No, ven conmigo.

GIL. Muy bien.

(*Se van por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

D. SABINO, CLARA.

CLARA. Luisa!... Luisa!

SABINO. (*Levantándose al ver á Clara.*)
Qué sucede?

CLARA. Nada; qué ha de suceder?
Que me deja... usted no sabe
á dónde va?

SABINO. Yo no sé.

CLARA. Me motejan de aturdida;
pues ella...

SABINO. (Instante cruel!)

CLARA. Mas qué es esto? Está usted malo?

SABINO. Yo!... no...

CLARA. Esa palidez...

SABINO. Es que hay golpes en la vida...
y eso que este le esperé...
debía esperarle... y yo...
cuidadoso de tu bien...
Como que es asunto antiguo;
cuando mi primo se fué...
eras entónces tan niña!...
y pasó el tiempo... y despues...
cien veces debí decírtelo,
y me acobardé las cien.

CLARA. Si usted no se explica...

SABINO. Ahora...
Qué remedio... es menester.
Gracias á Dios, tú eres fuerte,

3

tú tienes valor y fé.

CLARA. Mas...

SABINO. Nos echan de esta casa.

CLARA. Cómo? Quién?

SABINO. Quién ha de ser?
Su dueño, un ente ridículo,
y taimado y descortés;
el hijo, en fin, de mi primo,
que me quería... y yo á él:
pensé que en su última hora...
Dios le dé la gloria, amen!
de mí se olvidó, y hoy su hijo
nos viene á desposeer.

CLARA. Dios mio! Conque esta casa... (Vacilante.)

SABINO. No es nuestra, nunca lo fué.
Nos queda aún mi cesantía,
es verdad... pero despues,
cuando yo te falte...

CLARA. Oh, Dios,
es decir que la escasez...
la miseria...
(Déjase caer desfallecida en una silla.)

SABINO. Bueno; ahora
se desmaya esta tambien.
Hija!... alienta! .. Gil!... Socorro!

ESCENA XVIII.

CLARA, SABINO, BERNARDINO.

BERN. Qué sucede?

SABINO. Venga usted.

BERN. Se ha puesto mala... un ataque
de nervios... qué hermosa es!
Aquí traigo yo un frasquito
de sales... déle usté á oler...
(D. Sabino toma el frasquito y acude á Clara.)

ESCENA XIX.

CLARA, SABINO, BERNARDINO, FRANCISCO.

FRANC. (Con armas en la mano. Pueden ser dos floretes. Tocando en el hombro á Bernardino.)
Camaraita, al avío.
BERN. Qué es esto?
FRANC. Una pequeñez.
Son armas con la puntita
emponzañáa. Su mercé
no estuvo en Méjico? Allí
se maneja esto muy bien.
Se le embiste á un hombre, y con
un rasguñito en la piel,
descansa en la eternidad
por siempre jamás amen.
BERN. Asesino! (Huyendo.)
FRANC. (Persiguiéndole.) No se bate?
SABINO. Ya volvió. (Clara se incorpora en la silla.)
BERN. Déjeme usted.
GIL. (Dentro.) Que viva mi señorita!
SABINO. Quién grita?
BERN. Qué hay?
FRANC. Qué burdel!

ESCENA XX.

CLARA, SABINO, FRANCISCO, BERNARDINO. GIL.

GIL. (Entrando por la derecha saltando y brincando.)
Es una santa de Dios!
Es nuestro ángel bueno!
SABINO. Quién?
GIL. Bah! La señorita Luisa;
pues quién había de ser?
Ay, señor, cuando usted sepa...
cuando ella le cuente á usted...
Vaya un golpe!
SABINO. Acabarás?

Gil. Qué, señor!... si aún no empezé.
Toma! Era todo un señor
procuraor; claro es!..
Aquí viene! viva!
Sabino. Calla!
que nos atruenas.
Gil. Padiez!

ESCENA ÚLTIMA.

CLARA, LUISA, SABINO, FRANCISCO, BERNARDINO, GIL.

Sabino. (Á Luisa.) Qué es esto?
Gil. Es que Tomás
ya no va á servir al rey.
Le ha comprado un sustituto.
Sabino. (Á Luisa.) Explica tú este entremés.
Luisa. Gil ha dicho la verdad;
mas no hay gran mérito en mí:
si hice bien, de usté, y de tí,
que eres la suma bondad,
á hacer el bien aprendí.
Hallar de ternura llena
el bien en la dicha ajena,
conmueve y dilata el pecho:
juzguen ustedes del hecho
por esta sentida escena.—
Al despuntar la alborada
salí al jardin cierto dia
inquieta y sobresaltada,
porque en la pobre morada
del guarda llorar oía.
Era un padre desdichado
en triste llanto bañado;
era nuestro guarda fiel,
á quien una ley cruel
le robaba el hijo amado.
Con trasportes de dolor,
Tomás, el hijo mejor,
«padre, no llores,» decia!
Y el pobre anciano vertía

llanto desconsolador.
«Tu madre murió abrazada
á este santo escapulario:
guarde él tu vida adorada.»
Era la imágen sagrada
de la Vírgen del Rosario.
Y el hijo tendió sus brazos.
los suyos el padre abrió,
y al mirar tan tiernos lazos
estallar me sentí yo
el corazon en pedazos.
Impulsadas mis acciones
por sentimientos tan bellos,
dí principio á mis gestiones
para dar la paz á aquellos
apenados corazones.
Ya un hábil procurador
de mi hijuela el gasto cobra;
ya el padre al hijo recobra:
en qué emplearla mejor
que en hacer tan buena obra?

SABINO. Es noble como ninguna:
(Llevándola aparte con Clara.)
Pero oye: es fuerza decir
que no has podido elegir
ocasion más oportuna.

LUISA. Cómo?

SABINO. Lo vas á saber.

CLARA. Por Dios!...

SABINO. Escrúpulos fuera.
(Hablan en voz baja dando á Luisa noticia del hecho.)

BERN. (Qué mujer tan hechicera!)

FRANC. (Qué soberana mujer!)

LUISA. Bien; pero quién de esa suerte
á su pesar se abandona?
Y eres tú la que blasona
de decidida y de fuerte?
Las almas grandes se ven
en las grandes desventuras:
Dios prueba á sus criaturas
en los senderos del bien.

Sálvase toda distancia
con la fé del corazon.
Medios hay; los nuestros son
el trabajo y la constancia.
Yo, que no dudé jamás
vuestro pecho alentaré,
y más aún trabajaré
para regalaros más.

CLARA. Calla, me avergüenzas!

LUISA. Oh,
quién vencerte á tí podría?

CLARA. Ay, Luisa querida mia,
que tú vales más que yo.

SABINO. Lo veis? de alegría lloro.

BERN. Qué digna!

FRANC. Qué alma tan noble!

BERN. Qué sensible!

FRANC. Es como un roble.

SABINO. Las dos valen un tesoro.
Y aunque usted nos eche fuera
de esta casa... con valor...

FRANC. No me lo diga, señor,
si no quiere que me muera.
Suya es, y suyos son
mis ingenios, y mi gente,
mi tabaco, y mi aguardiente,
y mi alma, y mi corazon:
que al ver tanta sencillez
toito me esponjo y me ensancho;
náa: que me ha tendío el gancho
y me ha trincao de una vez.

SABINO. Conque es decir...

FRANC. Que la quiero,
y quiero ser su marío.

BERN. Por igual bien tambien pío,
y espero, y me desespero.

SABINO. Pero tú no estás casado?

FRANC. Fué un camelo.

SABINO. Hola!

FRANC. Ele!
Y aquí traigo los papeles...

SABINO. Deja papeles á un lado!

Aceptas tú?

LUISA. Y muy honrada.

SABINO. Tú tambien?

CLARA. Vaya por Dios

SABINO. Pues yo os bendigo á las dos
y aquí ya no pasó nada.
Despues de larga agonía
ya alumbran dias de calma.

BERN. Ay, morena de mi alma!

FRANC. Ay, rubia del alma mia!

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
l tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses	3	D. R. G. Santisteban	»
az bien	3	Miguel Echegaray	»
a mancha en la frente	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido	»
o que no puede decirse	3	D. José Echegaray	»
os bandidos de la Corte de los Milagros.	3	Juan Belza	»
ealistas y Puritanos	3	José Luis Clot	»
ivir á escape	3	R. G. Santisteban	
l 13 de febrero	4	José María Sanchez	»

ZARZUELAS.

oda ó muerte	1	Sres. Navarro y Nieto	L. y M.
ntre locos	1	D. J. Gaztambide	L. y M.
a vecchia Zitella	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent	L. y M.
a voz pública	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda	L. y M.
laurel de oro	2	Granés, Navarro	L.
a buena ventura	2	Álvarez. y Vehils	L. y M.
a criada	2	Vidal y Navarro y Esther	L. y M.
casarse tocan	3	D. José Inzenga	M.
on Juan Tenorio	3	Sres. Zorrilla y Manent	L. y M.
a panadera del Campillo	3	C. Nuñez y Granés	L.
as campanas de Carrion	3	Larra y Planquette	L. y M.
os sobrinos del capitan Grant	3	D. M. Fdez. Caballero	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,* y la mitad de *El laurel de la Zúbia;* el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano,* y el de la en tres llamada: *Una cancion de amor,* obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.